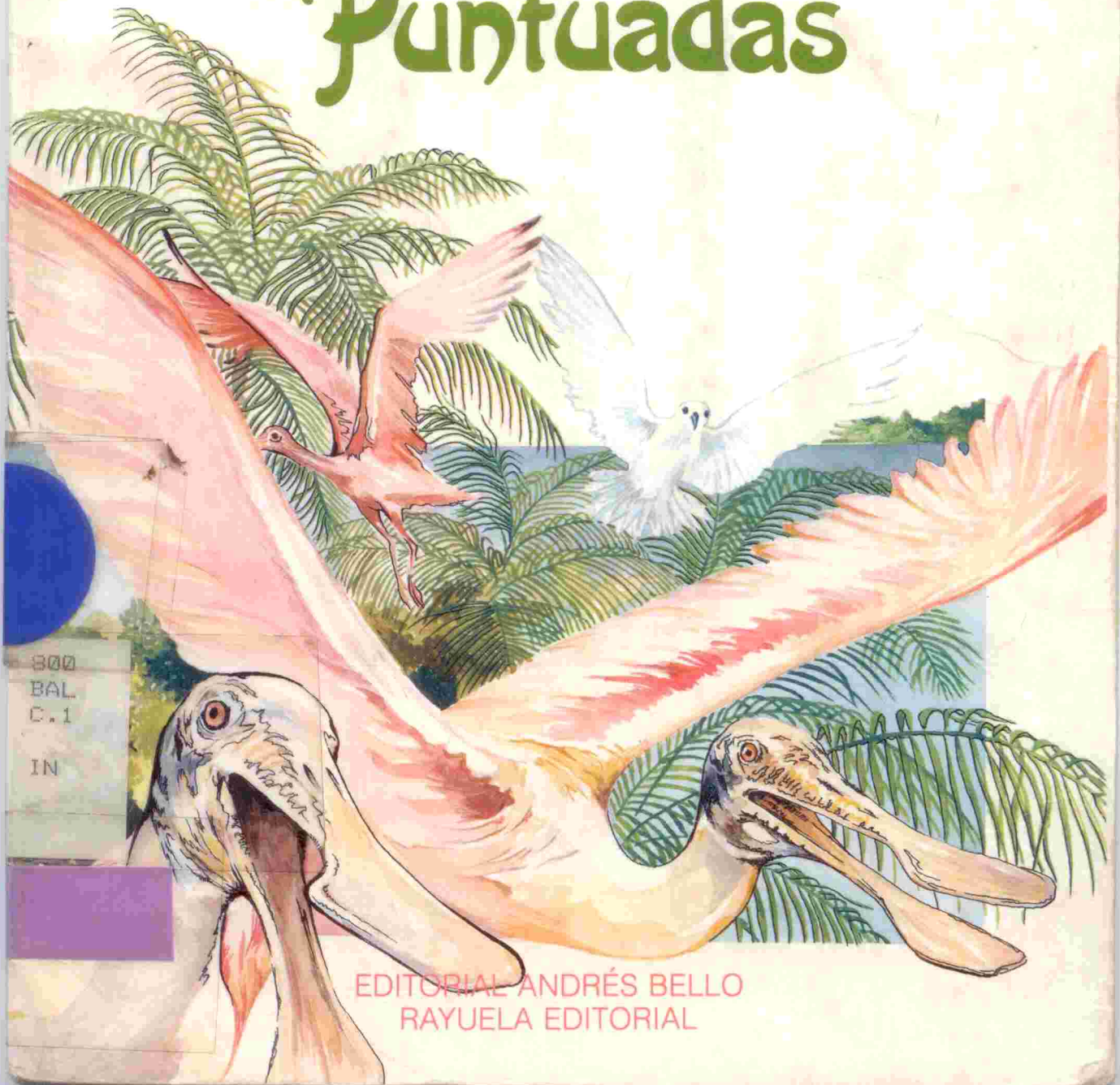


JACQUELINE BALCELLS

# El Archipiélago de las Puntuadas



800  
BAL  
C.1  
IN

EDITORIAL ANDRÉS BELLO  
RAYUELA EDITORIAL

Inf.

Nº 74.388 - 7

JACQUELINE BALCELLS



# El Archipiélago de las Puntuadas

Ilustraciones de  
EDUARDO OSORIO



Coedición EDITORIAL ANDRÉS BELLO-Chile  
RAYUELA EDITORIAL -Argentina

## CAPITULO I

Hace mucho tiempo, en el medio del Océano Pacífico, había once islas muy especiales. Miradas a vuelo de pájaro, cuatro de ellas tenían forma de signos exclamativos.

Otras cuatro eran unos perfectos signos interrogativos.

Y las últimas tres, puestas una al lado de la otra, ¿quién no las hubiera encontrado iguales a unos puntos suspensivos?

Así, las primeras se llamaban las islas Exclamativas, las segundas, las Interrogativas, y las últimas tres, las islas Suspensivas.





El conjunto de todas ellas se llamaba el archipiélago de las Puntuadas.

Los habitantes de este archipiélago eran tan distintos unos de otros como lo eran las islas entre sí, pues sus maneras de ser correspondían exactamente a las formas de esas tierras en que habitaban.

Los que vivían en las Exclamativas pasaban el día entero exclamando ¡Oh! y ¡Ah! y ¡Caramba! y ¡Zas!, y asombrándose ante cualquier cosa:

–¡Oh! ¡Qué maravilla! ¡Hoy salió el sol! ¡Viva!

–¡Ah! ¡Qué horror! ¡Cayó la noche! ¡Muera!

Para los que vivían en las islas Interrogativas, en cambio, los sucesos más simples y más claros eran motivo de infinita curiosidad:



—¿Cómo amaneció hoy día? ¿El sol? ¿Será el mismo de ayer?

—¿Anochece? ¿Por qué se acaba el día? ¿Qué quiere decir esto? ¿Has visto?

Y los habitantes de las islas Suspensivas eran tan indecisos y vivían tan llenos de dudas que nadie sabía cómo llegaban siquiera a elegir la comida con que se alimentaban cada día.

—Mmmmmmmmmmmmm... —era el murmullo permanente que se oía entre ellos.

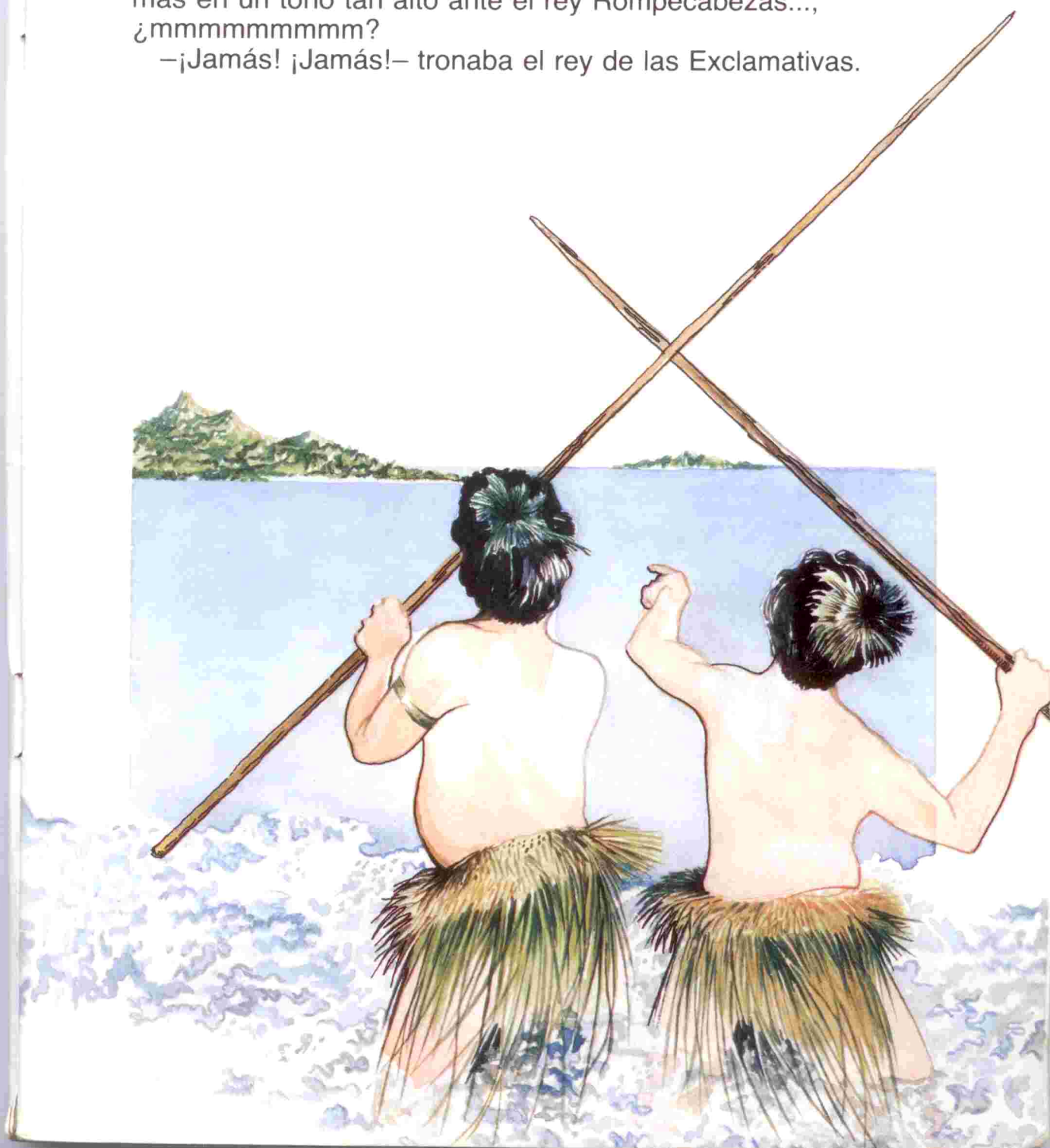
En este archipiélago, cada grupo de islas tenía su propia familia real. Los exclamativos tenían un rey llamado Recórcholis y una reina de nombre Barahúnda. El rey y la reina de los interrogativos se llamaban Rompecabezas él, y ella, Quisicosa.

Exclamativas e Interrogativas siempre estaban en guerra, mientras los reyes de las islas Suspensivas trataban a su manera de hacer de mediadores entre estos belicosos vecinos.

Así, el rey, que se llamaba Titubeo, y la reina, que se llamaba Perpleja, no descansaban: iban y venían en sus barcos, de las Exclamativas a las Interrogativas y viceversa, tratando de avenir a sus vecinos para que la paz volviera al archipiélago. Pero los dos eran tan indecisos que nunca sabían a quién darle la razón y a quién pedirle que se disculpara.

—Rey Recórcholis... quizás sería bueno que no exclamarais más en un tono tan alto ante el rey Rompecabezas..., ¿mmmmmmmmmm?

—¡Jamás! ¡Jamás!— tronaba el rey de las Exclamativas.



–Rey Rompecabezas..., podría ser que la paz fuese definitiva si dejarais de hacer preguntas oscuras al rey Recórcholis..., ¿mmmmmm?

–¿Qué es la paz, en realidad? ¿Qué son preguntas oscuras? –inquiría entonces el rey de las Interrogativas.

Y así, los reyes Titubeo y Perpleja se volvían llenos de dudas a sus tres islitas, donde eran recibidos por sus súbditos, sin exclamaciones ni preguntas, sino con ese eterno mmmmmmm... que los caracterizaba.

Un día el rey Titubeo, después de mucho dar vueltas al asunto, le dijo a su esposa:

–Perpleja..., mmmmm... Tal vez si invitáramos a todos los habitantes del archipiélago a... a una fiesta en nuestras islas... sería... mmmmm... una idea...



–Mmmmmmm... Mmmmmmm... –murmuró Perpleja.

–Quizás, quizás... sería bueno reunirlos –continuó Titubeo– para vivir ...mmm... en paz por un tiempo...

–Mmmmm... podría ser... podría ser... –dijo la reina–. Pero..., tendría que ser... tendría que ser un carnaval, creo... Un carnaval y no una fiesta, me parece...

–Carnaval, carnaval, mmmm..., carnaval... le contestó el rey extrañado.

–Sí... mmmm... sí, creo que tendría que ser un carnaval, mmmm..., al que todos asistieran disfrazados... le respondió Perpleja.

–Ah..., ah... Me parece que te entiendo... Así, disfrazados..., nadie podrá saber a qué islas pertenece el otro... Se harán amigos... Sí... Quizás –dijo Titubeo, vacilante, pero tentado por la idea.



## CAPITULO II

Un mes estuvieron el rey y la reina de las Suspensivas rumiando lo que se les había ocurrido sin decidirse a hacerlo. Pero estaban tan desesperados con las guerras de sus vecinos que al fin, con un terrible esfuerzo de voluntad, se decidieron y enviaron las invitaciones:

“Invitaríamos a usted a un carnaval en nuestras islas durante el cual quedarían suspendidas guerras y enemistades. Tendrían que venir disfrazados.”

Los exclamativos, al recibirlas, reaccionaron como de costumbre:

—¡Bravo! ¡Horrible! ¡Estupendo! ¡Pésimo! ¡Horror! ¡Fantástico!  
¡Jamás! ¡Colosal!

Y los interrogativos se preguntaron:





—¿Un carnaval? ¿Qué es un carnaval? ¿Por qué un carnaval y no un baile? ¿Disfraces? ¿Cuándo un vestido es disfraz?

Pero como ambos pueblos estaban secretamente aburridos de tanto guerrear, aceptaron finalmente esta breve tregua que los suspensivos les ofrecían.

Y así fue como, una buena mañana, desde las islas en forma de signos de interrogación y desde las islas semejantes a signos de exclamación, cientos de canoas, botes, catamaranes y barcos, cargados de hombres, mujeres y niños disfrazados de mil colores, partieron navegando hacia las islas Suspensivas, donde sus habitantes los esperaban en puertos y playas disfrazados de verde, azul, amarillo, ocre, dorado, negro y naranja.

En el gran barco real de las islas Exclamativas, bajo las velas hinchadas, iban el rey Recórcholis —disfrazado de papagayo—, la reina Barahúnda —vestida de ave del paraíso—, y su única y muy bella hija Zambomba, disfrazada con los colores del colibrí.

Por el otro lado del mar, en el puente del gran catamarán real de las islas Interrogativas, y entre cientos de remeros vestidos de negro, iban el rey Rompecabezas —disfrazado de Tiburón—, la reina Quisicosa —que parecía una medusa con su traje violeta— y su único y muy apuesto hijo, el príncipe Jeroglífico, disfrazado de pez volador azul.









En cuanto a Titubeo y Perpleja, los reyes de los suspensivos, estaban esperando a sus invitados en el muelle real bajo un enorme palio, rodeados de mil súbditos, y disfrazados el uno de... no se sabía de qué, y la otra de... de... tampoco se sabía de qué. Estos reyes no tenían hijos, lo que no sorprendía a nadie, pues aún estaban todos tratando de explicarse cómo un día



habían decidido casarse. Así es que allí estaban los dos solos, con el ceño fruncido y frotándose las manos, mirando preocupados hacia el sur y el norte por donde veían ya venir las flotas de sus terribles y belicosos vecinos.



En el gigantesco palacio de los reyes de las islas Suspensivas los pasillos no llevaban a ninguna parte, las escaleras se interrumpían a media altura y los salones eran mitad terrazas y mitad subterráneos. La princesa Zambomba se paseaba entre la muchedumbre de nobles de todas las islas, que conversaban muy serios, tratando de averiguar por el modo de hablar –ya que no podía hacerlo por el traje– sus respectivas procedencias. ¡Qué ganas tenía la princesa de gritar su admiración ante tanta maravilla y tantos colores!

El príncipe Jeroglífico, por su parte, también iba y venía sin atreverse a hacer ninguna de las mil preguntas que le escocían la lengua. Mas de repente se encontró con una joven muy bella, vestida con un disfraz tan magnífico y a la vez tan extraño, que no pudo contenerse y le preguntó:

–¿De qué estás disfrazada?

Y Zambomba, que no era otra la joven, al ver al bello príncipe vestido de pez volador azul, exclamó:

–¡Apuesto a que tú eres de las Interrogativas!

–¿Cómo lo sabes?



—¡Por tus preguntas!

—Y tú... ¿no eres acaso de las Exclamativas?— le preguntó Jeroglífico un poco picado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Soy Zambomba! ¡Estoy disfrazada de colibrí!

—¿De colibrí?

—¡Sí! ¡De colibrí! ¡Un pájaro maravilloso! ¡Maravilloso!

—¿Maravilloso? ¿Qué tiene de maravilloso? ¿Por qué tan maravilloso?

—¡Vieras cómo vuela! ¡Vieras los colores de sus alas!

—¿O sea lo encuentras maravilloso por sus alas y por sus colores, o en otro sentido...?

—¡No! ¡No! ¡Lo encuentro maravilloso porque sí! —exclamó ella un tanto molesta.

—¿Porque sí? —le preguntó todavía Jeroglífico.

Y la princesa, harta ya, explotó:

—¡Sí! ¡Tal cual! ¡Porque sí! ¡Basta ya de preguntas tontas!

—¿Preguntas tontas? ¿Y por qué tú no haces otra cosa que exclamar y exclamar? ¿No puedes conversar de otra forma?

—preguntó él francamente indignado.

Al oír esto Zambomba, que era de un carácter mil veces más vivo, dio media vuelta y se alejó del príncipe gritando:

—¡No aguanto más! ¡Preguntas y preguntas! ¡Eres imposible! ¡Hasta nunca!

Jeroglífico se quedó boquiabierto en medio del salón, preguntándose:

—¿Por qué se habrá enojado tanto? ¿Por qué será tan irracional?

Y en las veinticuatro horas que duró el carnaval, Zambomba y Jeroglífico no volvieron a cruzar palabra ni mirada.



### CAPITULO III

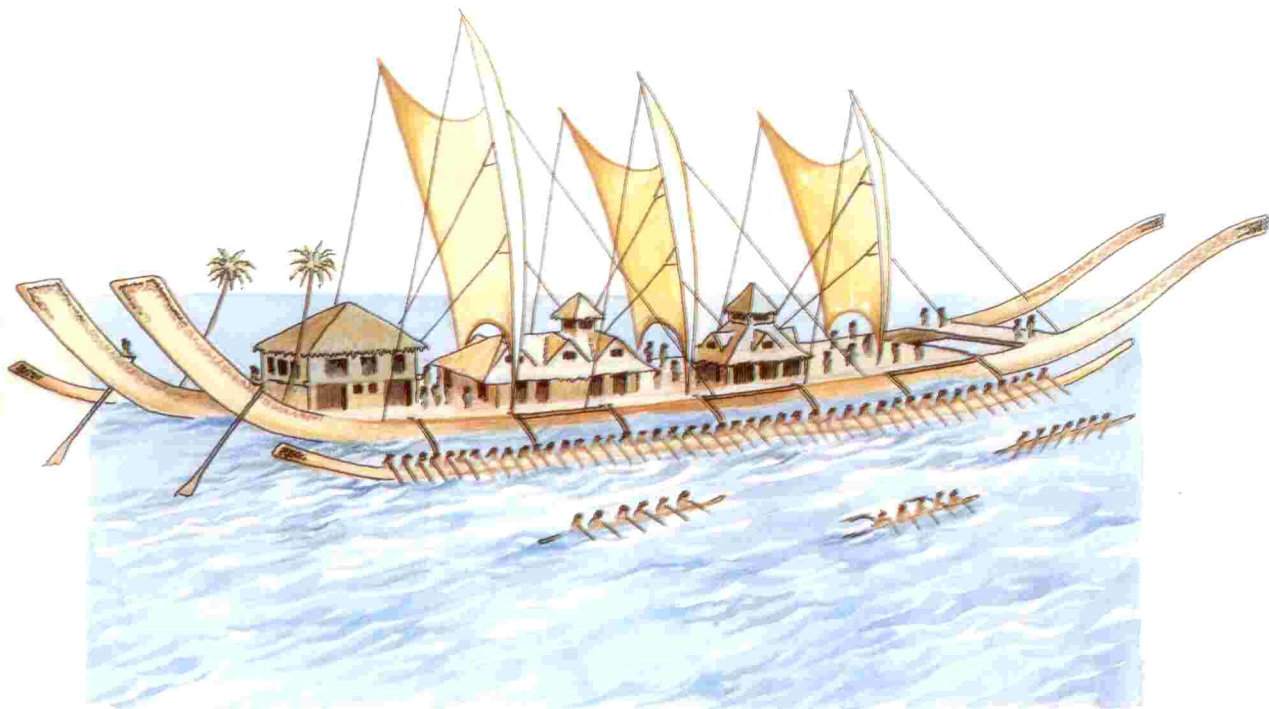
A la mañana siguiente, cuando regresaban en el gran velero hacia sus islas, la reina Barahúnda, que notó a su hija más pensativa que de costumbre, le dijo:

—¡Zambomba! ¡Te vi conversando con Jeroglífico, el hijo de la reina Quisicosa!

—¡Bah! ¡Es un estúpido! ¡No hace más que preguntar!

—¡Qué otra cosa quieres, hija! ¡Así son nuestros enemigos!

—¡Mamá, no me hables más! —y Zambomba se alejó con el ceño fruncido.



Mientras tanto en el gran catamarán de los reyes interrogativos se producía una conversación parecida:

—¿Hijo, no era la hija de Recórcholis y Barahúnda aquella con que hablabas recién comenzado el carnaval? —interrogó la reina Quisicosa.

—¿Ah? ¿Quién? ¿Esa loca disfrazada de colibrí? —respondió el príncipe haciéndose el distraído.

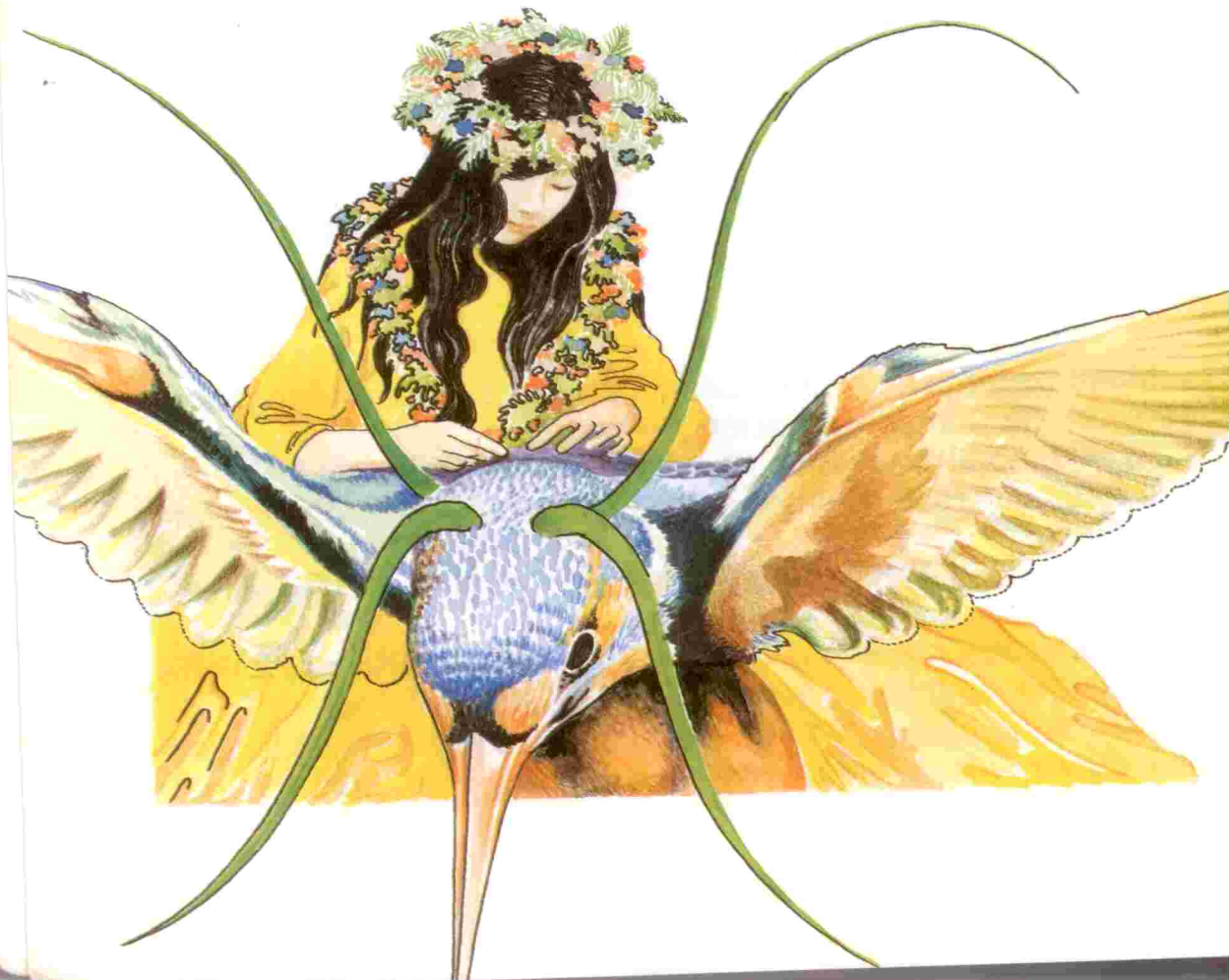
—¿De dónde crees, hijo, que iba a salir alguien con sesos entre esa gente irracional y alborotada? —le dijo Quisicosa.

—¿Por qué serán así? —se preguntó Jeroglífico alejándose de ella—. ¿Y qué será lo que me pasa que estoy tan perturbado?

En cuanto a Titubeo y Perpleja, los reyes de las islas Suspensivas, una vez terminado el carnaval se demoraron seis meses en decidir que había sido una buena idea hacerlo y otros seis meses más en decidir que sería bueno repetirlo. ¡Y esto a pesar de que la guerra entre exclamativos e interrogativos había continuado como si nunca hubiesen estado en una fiesta juntos!

Cuando llegaron las nuevas invitaciones, Zambomba y Jeroglífico –que, sin confesárselo, las habían estado esperando día a día durante el año entero– se propusieron, cada uno por su lado, hacer lo imposible para que esta vez el encuentro fuese más feliz.

“¡Pueda ser que esta vez Jeroglífico no me pregunte tanto!”, se decía la princesa muy nerviosa, mientras añadía nuevos adornos a su disfraz de colibrí.





—¿Y si esta vez Zambomba ni exclama ni grita? —se preguntaba en voz alta el príncipe yendo y viniendo muy agitado por la orilla del mar.

Pero estas secretas esperanzas se vinieron al suelo en un abrir y cerrar de ojos, pues no bien habían desembarcado en el muelle de las Suspensivas se divisaron y acercándose el uno al otro, se hablaron así:

—¡Oh, qué sorpresa encontrarte aquí! —gritó Zambomba.

—¿Qué tiene de sorprendente? ¿En qué otra parte podríamos habernos encontrado? —preguntó Jeroglífico.

—¡Ah, no! ¡Otra vez! ¡No hay caso contigo! ¡Qué horror!

—¿Y contigo? ¿Nunca te detendrás a pensar un minuto antes de exclamar? ¿Nunca dejarás de andar gritando ¡Ah! y ¡Oh! por cualquier cosa?

—¡No te soporto...!

Y así fue como en los dos primeros minutos se les agió el segundo carnaval de las Puntuadas a los jóvenes príncipes de las islas enemigas, que no se volvieron a mirar durante toda la fiesta.







Durante los meses que siguieron, la princesa de las Exclamativas, que era habitualmente sonrosada, empalideció y sus vivas exclamaciones se transformaron en verdaderos suspiros. Y en cuanto a Jeroglífico, que era muy pálido, se puso colorado como si viviera en un constante sofoco y sus preguntas, antes claras y agudas, eran ahora unos gruñidos inentendibles.

Sus madres, al verlos en ese estado y sospechando la causa de suspiros y gruñidos, se dedicaron pacientemente a explicarles las diferencias insalvables que existían entre ambos pueblos.

—¡Jamás serías feliz con un hombre que anda preguntándolo todo! —le decía la reina Barahúnda a su hija—. ¡No lo aguantarías ni una semana!

—¿Cómo se te puede ocurrir que podrías vivir con una loca que grita y exclama el día entero? —le preguntaba la reina Quisicosa a su hijo.



## CAPITULO IV

Mientras tanto Titubeo y Perpleja, los reyes de las Suspensivas, a quienes los muchos años de ir y venir en su barco tratando de reconciliar a sus vecinos sin resultado los tenía francamente aburridos, decidieron después de varios mmmmm... hacer el último esfuerzo y adelantar el carnaval.

Así fue como esta vez no alcanzaron a pasar seis meses cuando las invitaciones llegaron hasta los últimos rincones del archipiélago de las Puntuadas.





Zambomba, al leerla, se dijo:

“¡Ya sé lo que haré! ¡Llegaré atrasada! ¡Cuando Jeroglífico me vea al fin llegar, gritará “¡Zambomba!”! ¡Lo único que quiero es oírle una sola exclamación!

Y Jeroglífico, por su parte, también se preguntó:

“¿Y si no llego al carnaval sino a última hora? ¿No lograré que Zambomba al verme al fin llegar me pregunte “¿Dónde estabas?”? ¿No sería fantástico oírle hacer una pregunta, aunque sea una sola vez en mi vida?”

Y así, tal cual lo pensaron, lo hicieron. Esperaron muy nerviosos, cada uno en su isla, que pasara todo el día y al anochecer se embarcaron, navegaron y llegaron a las Suspensivas con pocos minutos de diferencia. Cuando se encontraron se quedaron un largo instante mirándose en silencio esperando una que el otro diera señas de sorpresa, y éste que aquella diera señas de curiosidad. Pero nada de esto ocurrió.

—¡Hola, Jeroglífico! ¡Qué carnaval más magnífico! —exclamó al fin Zambomba, segura ya de que su plan no había dado resultado.

—¿Magnífico? ¿Es que lo has pasado muy bien? —le contestó él, despechado.

—¡Estupendo! ¡Y me imagino que tú también!

—¿No ha sido acaso el mejor carnaval? —preguntó Jeroglífico, socarronamente. Y Zambomba, herida por las palabras del príncipe, que creyó indiferentes, gritó:

—¡Lo he pasado como nunca! ¡Colosal! ¡De maravilla! ¡Fantástico! ¡Portentosamente bien! ¡Qué carnaval! ¡Un sueño!

Al oír esta interminable serie de exclamaciones, Jeroglífico horrorizado se echó hacia atrás y poco faltó para que se cayera al suelo desmayado. Su madre, la reina Quisicosa, que los estaba mirando desde el otro extremo del salón, se precipitó en su ayuda y llegó donde el príncipe al mismo tiempo que la reina Barahúnda, la que también acudía en auxilio de su hija, alertada por sus voces.

—¡Qué gente más odiosa! —gritó la reina Barahúnda, moviendo las plumas de ave del paraíso y rodeando con sus brazos los hombros de Zambomba, que sollozaba.

—¿Habrá en el mundo un pueblo más estúpido? —inquirió la reina Quisicosa, agitando su disfraz de medusa, mientras daba golpecitos en la espalda de su hijo, que estaba mudo.



Los dos reyes enemigos, que no se hallaban muy lejos, oyeron a sus esposas y corrieron a su lado. El salón, lleno de nobles de las tres islas, enmudeció súbitamente. El rey Recórcholis, de las Exclamativas, al verse frente a su antiguo adversario, vio rojo y, sin intentar siquiera saber de qué se trataba el asunto, le gritó:

—¡Guay de ti, rey de los preguntones y aguafiestas!

Y el rey Rompecabezas, de las Interrogativas, se lo quedó mirando con infinito desprecio, y dijo a la concurrencia que los observaba pasmada:

—¿Se han preguntado ustedes, señores, en qué islas de nuestro archipiélago viven los animales más parecidos al hombre que es posible encontrar?





Recórcholis, dándose por aludido, lanzó un grito de furia y se abalanzó sobre Rompecabezas que lo esperaba muy tranquilo. Y allí mismo se hubiera desencadenado una batalla entre reyes y nobles de las islas enemigas si el rey Titubeo no hubiera mediado entre ellos, titubeando:

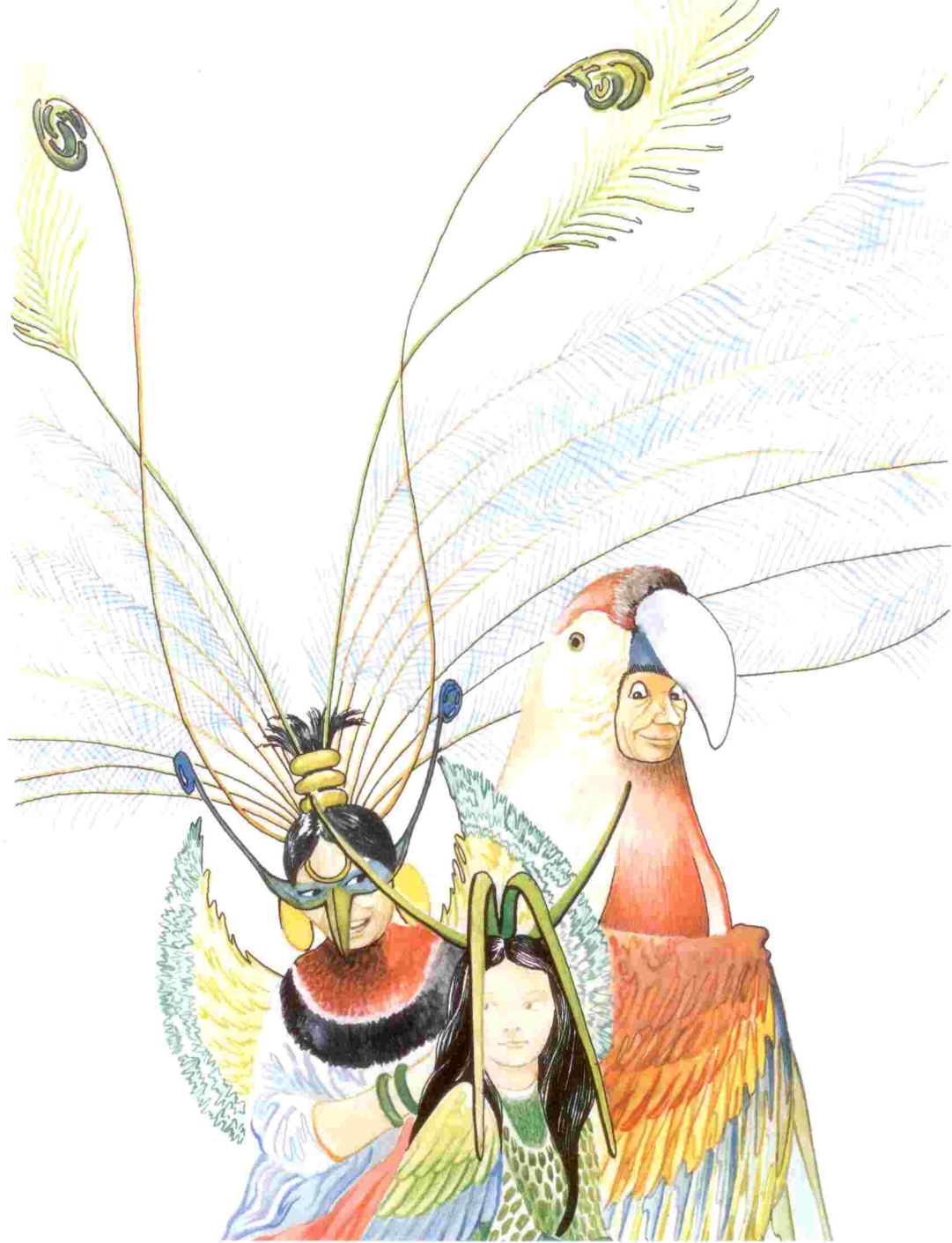
—Quisiera recordaros, oh colegas míos, que el acuerdo fue respetar la... mmmm..., la tregua... mmmm... durante el carnaval. Mmmmmmm...

—¡Jamás volveré al mismo palacio que esa serpiente! —gritó el rey Recórcholis, conteniéndose apenas.

Y el rey Rompecabezas dijo en alta voz, dirigiéndose al rey de los Suspensivos: —¿No sería mejor, Titubeo, que esperaras a que terminemos con esta raza de monos chillones antes de reanudar tus carnavales?

Y, sin esperar respuesta, tomó del brazo a Quisicosa y Jeroglífico y, seguido de sus nobles, salió del palacio para no volver más. Recórcholis, rojo de rabia, partió también con Barahúnda y Zambomba, y la noche se llenó con los gritos y exclamaciones de ira de sus súbditos que los acompañaban hacia las naves. En cuanto a Titubeo y Perpleja, rodeados de sus amigos\* y sirvientes, se asomaron boquiabierto a las ventanas del palacio sin resolverse, como de costumbre, a intervenir.

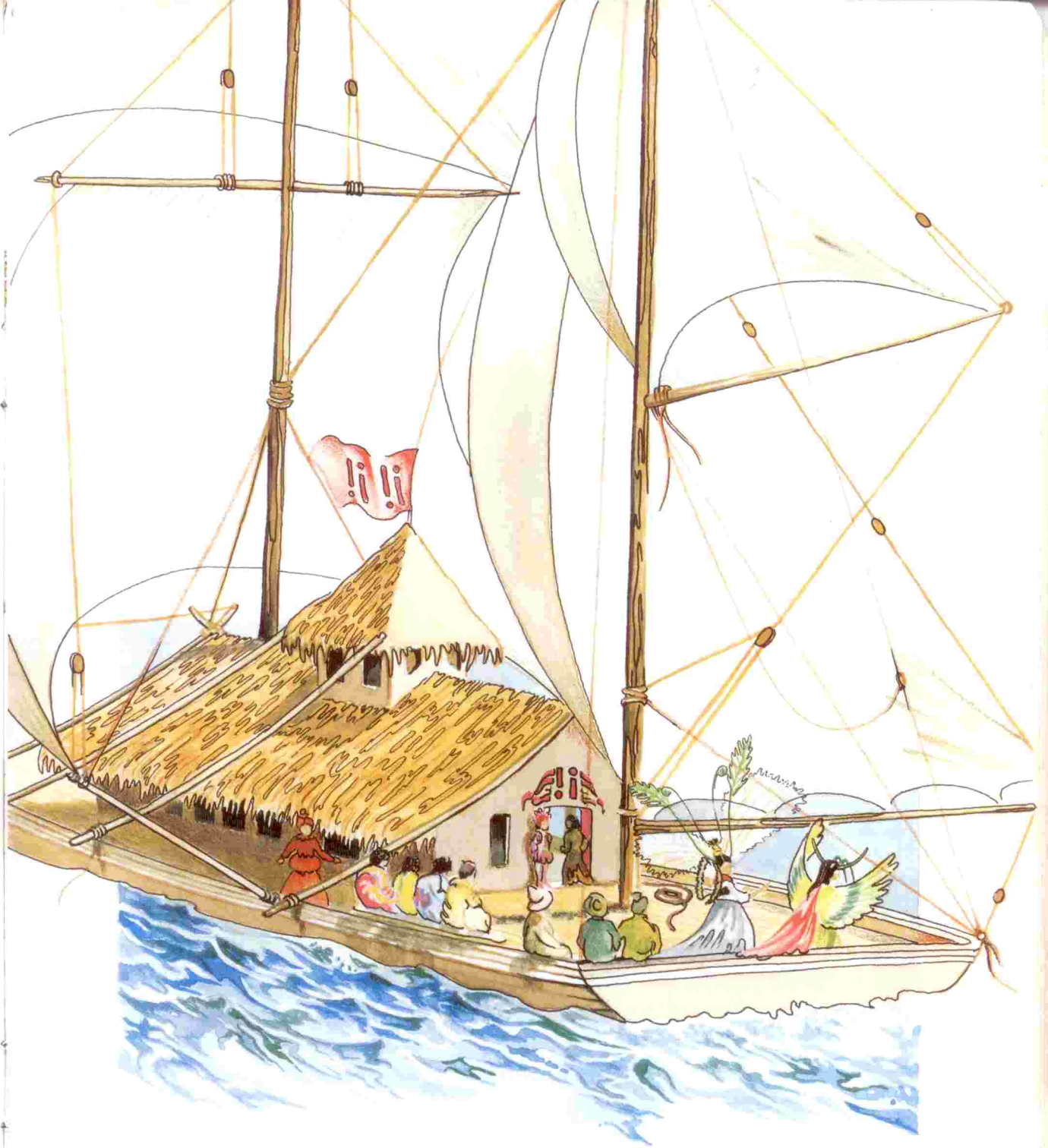
Así fue como terminaron, violentamente, los carnavales en el archipiélago de las Puntuadas.



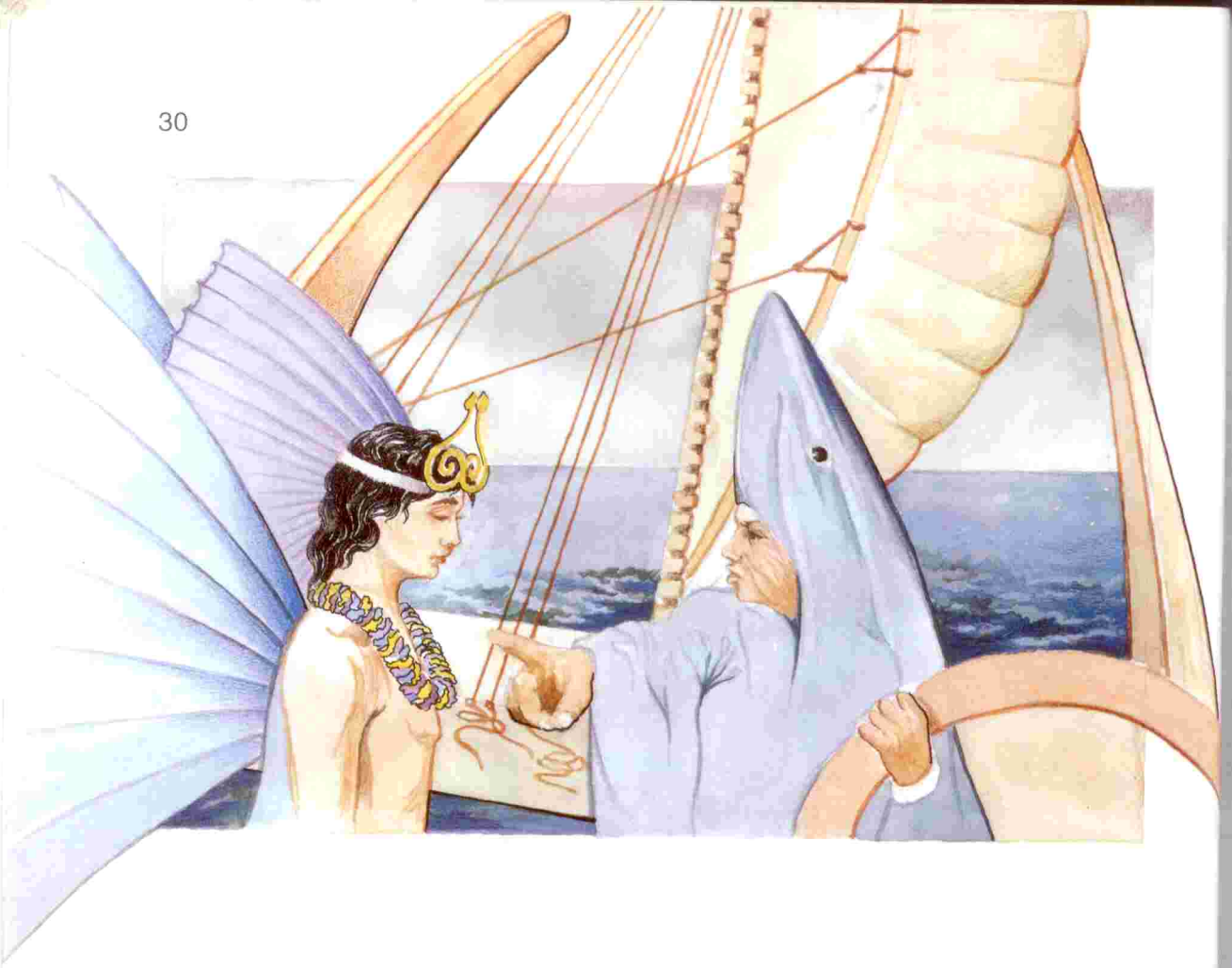
## CAPITULO V

Zambomba iba en la nave, de vuelta a sus islas, sollozando tan incontinentemente que hasta Recórcholis, su padre, se olvidó de su ira y acudió a consolarla.

—¡No llores más hija! ¡Yo vengaré las ofensas que te hizo ese príncipe retorcido! ¡No quedará un interrogativo vivo!



Al oír esto la princesa redobló su llanto, gritando:  
—¡Pero si yo lo amo! ¡Yo lo amo! ¡Yo lo amo!  
El rey Recórcholis se puso pálido de furia y asombro.  
—¡Hija desleal y traidora! —exclamó—. ¡Te juro que no lo verás  
más en tu vida!



Mientras tanto en el catamarán real de las Interrogativas, que volaba empujado por cien remos, Jeroglífico no salía del estupor que lo tenía mudo y más pálido que una concha de almeja. El rey Rompecabezas, tratando de animarlo, le dijo:

—¿Te das cuenta, hijo mío, de que no hay uno solo en ese pueblo de cacatúas, ni siquiera esa princesa casquivana, que tenga más sesos que una lagartija? ¿Qué otra cosa nos queda sino terminar con ellos?

Al oír esto el príncipe recuperó súbitamente el habla y murmuró:

—¿Y sin embargo, por qué será que estoy enamorado de ella?

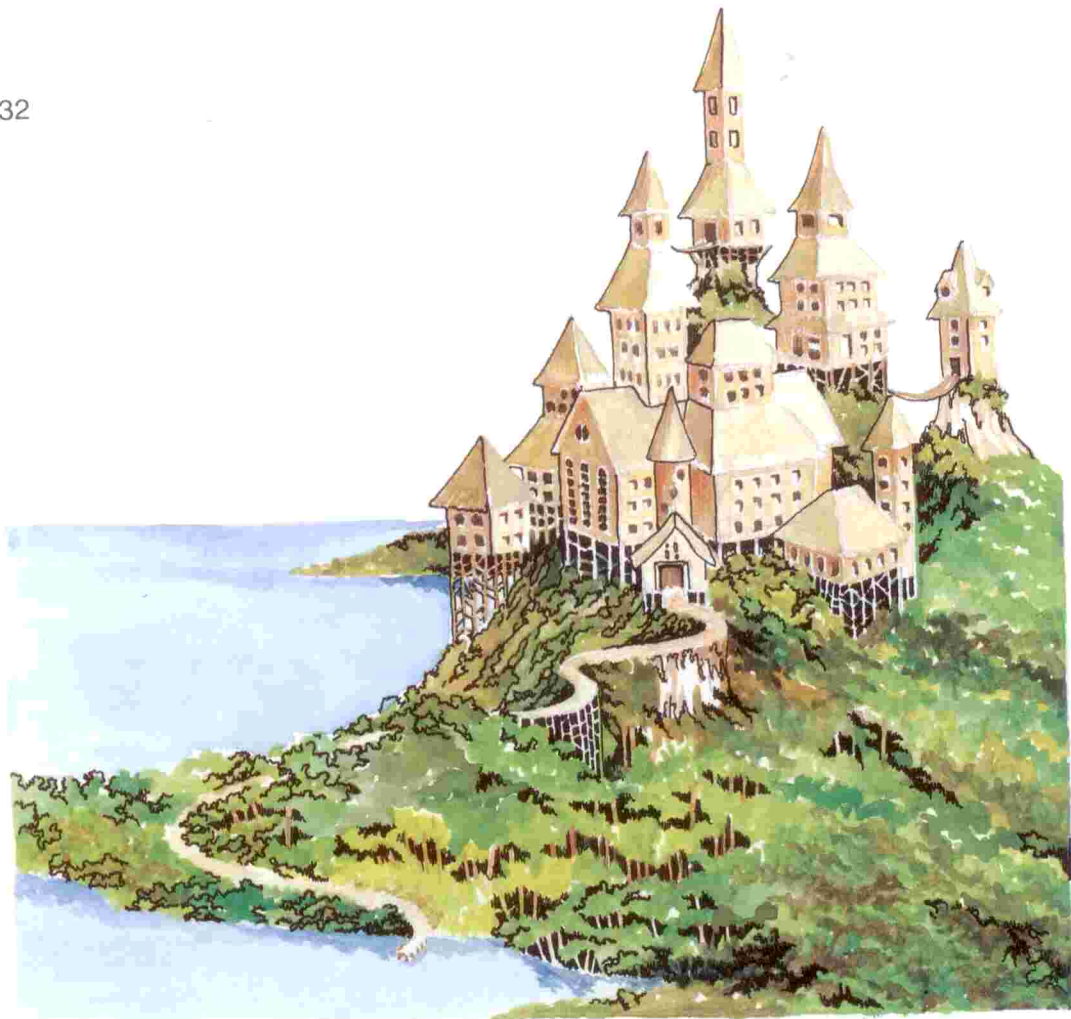
El rey Rompecabezas se puso azul de horror al oír a su hijo.

—¿Jeroglífico?, ¿no te irás a convertir en un traidor a tu pueblo? ¿Qué otra elección me dejas si no la de mantenerte en un calabozo mientras dure esta guerra?

Y así fue como, a pesar del dolor de las reinas Barahúnda y Quisicosa, que adoraban a sus hijos, Zambomba y Jeroglífico fueron encerrados bajo siete llaves en cuanto regresaron a sus respectivas islas.

La guerra entre exclamativos e interrogativos se reanudó más fiera que nunca. El mar de las Puntuadas hervía día y noche con





las mil canoas y barcas que iban y venían cargadas de guerreros. Las costas parecían basurales, llenas de restos de embarcaciones y remos quebrados. Pero las fuerzas eran parejas y las armas parecidas, de modo que pasaban los días y los meses y, ante la desesperación de sus reyes, ninguno de sus pueblos lograba aventajar al otro en nada.

Los suspensivos, por su parte, se habían puesto más suspensivos que nunca, y el rey Titubeo y la reina Perpleja ya ni siquiera salían de su palacio por temor a encontrarse ante algo que decidir.

Mientras tanto los jóvenes príncipes se lamentaban:

–¡Ay! ¡Si él hubiera querido exclamar una sola vez! –decía Zambomba en la torre en que estaba recluida por orden del rey Recórcholis–. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

–¿Por qué nunca quiso ella hacerme una sola pregunta? –se quejaba a su vez Jeroglífico–. ¿Por qué! ¿Por qué?, –repetía paseándose como un loco por la pequeña celda en que estaba encerrado por orden de su padre el rey Rompecabezas.

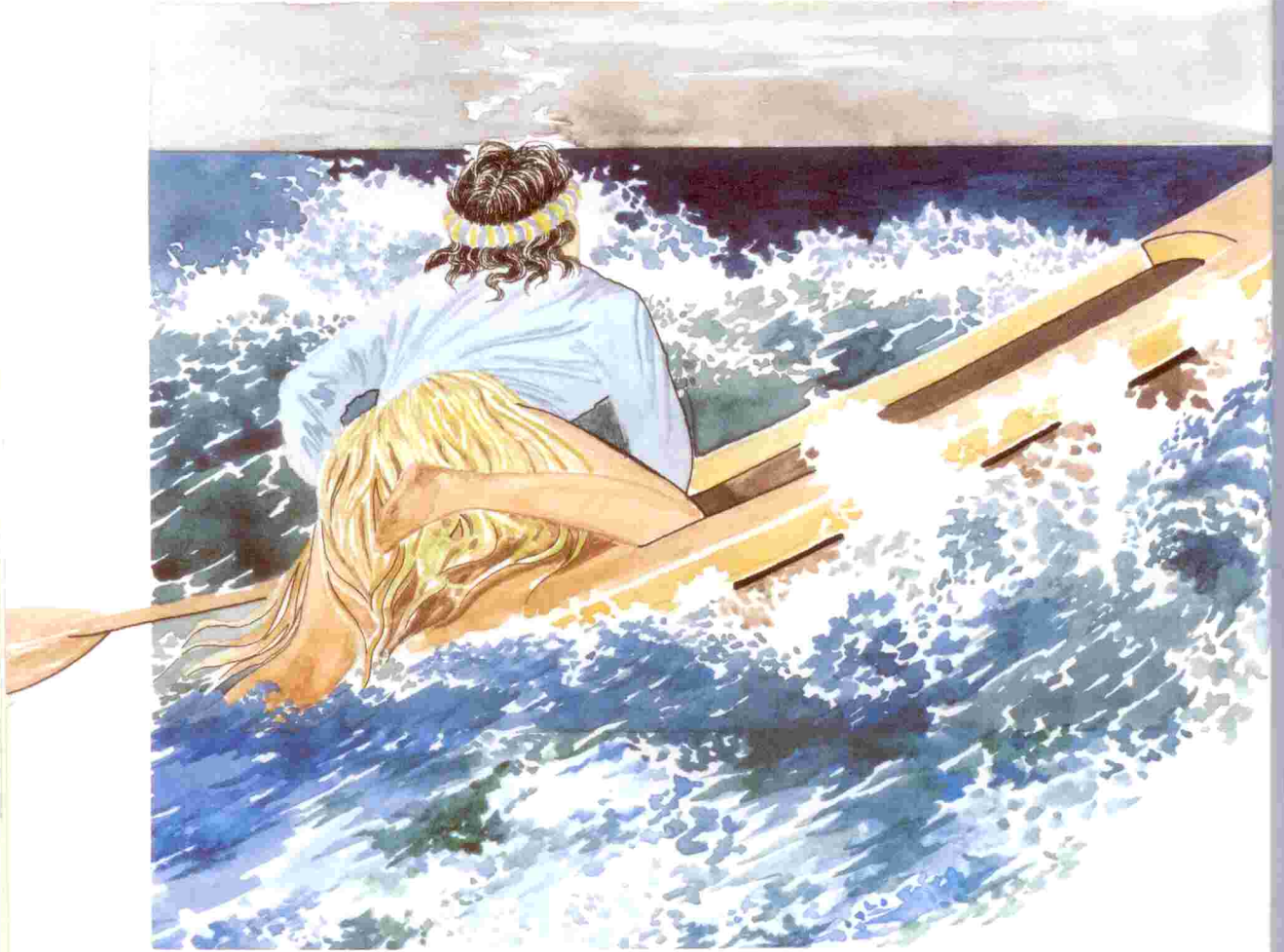


## CAPITULO VI

Mas como la guerra no tenía visos de terminar, tanto Barahúnda como Quisicosa comenzaron a preocuparse seriamente por la salud de sus hijos. Y ambas reinas, cada una en su isla, decidieron finalmente, a escondidas de sus esposos, dejar salir a los jóvenes encarcelados a pasear fuera de sus celdas cuando los reyes estaban lejos batallando.

Así fue como desde entonces se pudo ver a Zambomba, muy pálida y delgada, caminar como un espectro en las mañanas por la costa de la isla Exclamativa mirando hacia las lejanas islas en que vivía Jeroglífico y suspirando sin cesar.





Y del otro lado del mar, ¿quién no se hubiese compadecido al ver a ese bello joven tan cabizbajo y desanimado que iba y venía por las dunas de la isla Interrogativa hablando solo, haciendo las preguntas a las lejanas islas de su amada, impasibles en el horizonte?

Estos paseos diarios, solitarios y desesperados de ambos príncipes duraron y duraron hasta que llegó un día en que Zambomba se dijo:

“¡No puedo más! ¡Aunque me haga preguntas la vida entera no puedo vivir sin él!”

Y Jeroglífico esa misma tarde, en su isla, se preguntó:

“¿Cómo vivir un día más sin Zambomba? ¿No es mil veces mejor aceptar sus exclamaciones que morir de amor?”



Y entonces, sin ponerse en absoluto de acuerdo, ambos príncipes al caer esa noche se escaparon de sus celdas, salieron de sus palacios en puntillas burlando a la guardia, bajaron por las dunas hacia las costas de sus respectivas islas y apoderándose de unas pequeñas canoas las echaron al mar y se pusieron a remar animosamente cada uno en dirección a la patria del otro.

“¡Como que me llamo Zambomba que esta vez lograré arrancarle a Jeroglífico una exclamación!”, se decía la princesa mientras remaba hacia los puntitos de luz que marcaban en el horizonte negro el lugar de las Interrogativas.

La noche estaba oscurísima y el mar en calma. Pero a medida que se alejaba de su isla Zambomba comenzó a asustarse. ¡Qué inmenso era el mar! ¡Jamás llegaría a esas luces tan lejanas! ¡Y seguramente esas costas estaban vigiladas por crueles guerreros interrogativos patrullando en rápidas canoas! ¡Si la encontraban la matarían antes de preguntar! ¡Qué miedo más grande! Mas, animosa como era, no dejó un momento de remar. No llevaría más de una hora en ello cuando lentamente al principio y luego como un silencioso alud, una niebla espesísima descendió sobre las aguas. En un instante la princesa dejó de ver las estrellas, las luces hacia las que iba y hasta las mismas puntas de sus remos. ¡Estaba perdida! ¡Ahora no podría seguir ni regresar! ¡Moriría allí de frío! ¡O ahogada! ¡O de sed arrastrada lejos por las corrientes marinas!

Dejó los remos y cubriéndose la cara con las manos, terriblemente desamparada, se puso a llorar.

## CAPITULO VII

Y en esto estaba cuando de repente oyó un débil chapoteo –¡Clap! ¡Clap!– que venía desde alguna parte de adentro de la niebla. ¡Cuántas cosas pasaron en un segundo por la cabeza de Zambomba, aterrorizada! ¡Un monstruo marino! ¡Uno de esos pulpos más grandes que una ballena y más feroces que un tiburón! ¡Quizás fuera un demonio de las aguas!





Pero como el chapoteo se repetía, y se acercaba, la joven pudo al fin estar cierta de que se trataba del ruido de unos remos chocando con el agua: ¡Clap! ¡Clap! ¡Clap!

¡Una patrulla enemiga, sin duda! ¡Una de esas canoas interrogativas llenas de hombres feroces armados hasta los dientes!

Zambomba, tiesa de miedo, hacía lo imposible por atravesar la niebla con sus ojos. ¡Clap! ¡Clap! ¡Clap! Su respiración se detuvo, el corazón se le subió a la garganta. Allí mismo, al lado suyo, una inmensa sombra apareció echándose sobre ella como si la fuera a devorar. ¡Clap! ¡Clap! ¡Clap!

Y entonces Zambomba, loca de miedo, abrió la boca y gritó:



—¿Quién es? ¿Quién es?

Y al oír esta pregunta, Jeroglífico —que no era otro el que remaba así en la niebla camino a la isla de su amada— reconoció instantáneamente la voz de Zambomba y, maravillado, gritó:

—¡Zambomba! ¡Zambomba!

—¿Jeroglífico? ¿Eres tú, Jeroglífico? —preguntó Zambomba mientras el corazón le volvía a latir más fuerte que nunca.

—¡Sí! ¡Soy yo amada mía! ¡Soy yo! —exclamó el príncipe acercando su canoa.

—¿También tú ibas a buscarme? —le preguntó la princesa extasiada.

—¡Sí! ¡A buscarte! ¡Para no dejarte nunca más! —exclamó el joven en el colmo de la dicha.

Y saltando desde su canoa a la de Zambomba, la abrazó con todas sus fuerzas.

Así fue el encuentro increíble de estos dos enemigos enamorados. Y mucho rato pasó todavía antes de que ellos mismos se dieran cuenta de que la princesa exclamativa no hacía ahora más que preguntas, y de que el príncipe interrogativo

no dejaba de exclamar y exclamar.

Gracias a ellos los pueblos enemigos firmaron la paz, mil otros matrimonios se celebraron entre ellos (pues los preguntones confesaron que en el fondo siempre les habían gustado las alborotadas, y a su vez los exaltados confesaron que los seducían las preguntas de las curiosas) y los suspensivos, por su parte, pudieron al fin dedicarse tranquilos a sus vacilaciones.

Y así fue como reinó la paz en el archipiélago de las Puntuadas durante muchísimos años.



## JACQUELINE BALCELLS

Jacqueline Marty de Balcells nació en Valparaíso en 1944 y estudió en Santiago, primero en el colegio Alianza Francesa y después en la Cruz Roja. Luego de viajar a México, Estados Unidos y Europa, ingresó a la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica. En 1966 contrajo matrimonio y se trasladó a Valparaíso, su ciudad natal. Allí comenzaría a escribir cuentos para sus hijos y, paralelamente, iniciaría una serie de trabajos periodísticos. Desde 1982 hasta 1985 residió en París, donde participó en seminarios de teología e impartió catequesis en la parroquia de Saint-Laurent; organizó la biblioteca de la Embajada de Chile en Francia; escribió en la revista *Année Bateaux* y tradujo diversos temas para la revista *Poesie*. Y, además, publicó cuentos infantiles en la colección *J'aime Lire*, de la Editorial Bayard Presse, uno de los cuales *-Le Raisin Enchanté-* apareció entre los más leídos de 1984, según las encuestas pertinentes.

Tras su regreso a Chile, publicó *El niño que se fue en un árbol* (Editorial Andrés Bello, 1986), un volumen que contiene siete cuentos. También ha escrito varias otras obras que están próximas a editarse, entre ellas *El polizón de la Santa María* y, en conjunto con Ana María Güiraldes y Alberto Balcells, *Aventura en las estrellas*.

### CENTRO BIBLIOTECARIO DE PUENTE ALTO

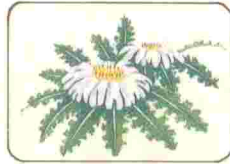
Recuerde Devolver/Renovar el siguiente día

Fecha	Fecha
12 ABR. 2008	
17 1 AGO. 2008	
22 OCT. 2009	
12 MAYO 2010	
28 SET. 2010	
26 NOV. 2010	
1 ABR. 2011	

© JACQUELINE  
 © EDITORIAL AL  
 Av. Ricardo L  
 RAYUELA EDI  
 Inscripción N°  
 Se terminó de  
 de 15.000 ejer  
 IMPRESORES

Fono Centro Bibliotecario 4854060 - Fono Bibli Niños 4854070

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



COLECCIÓN ESTRELLA DE LOS ANDES - Nivel 2

COEDICIÓN

 EDITORIAL ANDRÉS BELLO-CHILE

 *Rayuela* EDITORIAL-ARGENTINA

